

ROBIN HOOD

Era a principios de la primavera del segundo año después de la insurrección contra el Gobernador del condado de Nottingham cuando Robin Hood salió a pasear por el bosque de Sherwood. Mientras caminaba iba reflexionando sobre el progreso de la campaña, la disposición de sus fuerzas, los movimientos de la oposición y las alternativas con que se enfrentaba.

La revuelta contra el Gobernador comenzó como una cruzada propia, nacida del conflicto personal de Robin con el Gobernador y su administración. Solo, no obstante, pudo conseguir muy poco, y en consecuencia buscó aliados: hombres con injusticias sentidas personalmente y con un profundo sentido de la equidad. Más adelante, empezó a reclutar a casi cualquiera que se presentase, sin preguntar demasiado: la fuerza, pensaba, estaba en el tamaño.

El primer año se lo pasó transformando a su grupo en una banda organizada – un grupo de gentes unido por su enemistad hacia el Gobernador, dispuestos a vivir fuera de la ley por el tiempo que fuera necesario a fin de conseguir sus objetivos. La banda estaba organizada de una manera muy simple: Robin era el jefe supremo y tomaba todas las decisiones importantes. Delegaba tareas específicas en sus lugartenientes. Will Scartlett estaba a cargo de las labores de espionaje e inteligencia; su trabajo principal consistía en tener controlados los movimientos de los hombres del Gobernador, dedicándose también a recoger información sobre los planes de viaje de comerciantes y gente rica de los alrededores. Little John era el encargado de mantener la disciplina entre los hombres, además de cuidarse de que los arcos y flechas tuvieran la calidad necesaria. Scarlock estaba a cargo de las finanzas, pagaba las partes correspondientes de los botines y se encargaba de sobornar a la gente adecuada. Además, era un experto en convertir lo requisado en metálico y siempre encontraba escondites adecuados para los excedentes. Por último, Much, el hijo de Miller, estaba a cargo la difícil tarea de conseguir provisiones para la creciente banda.

El constante incremento del tamaño de la banda era una satisfacción para Robin, a la vez que una fuente de preocupaciones. La fama de sus Merrymen crecía y los resultados eran evidentes, hasta el punto de que el número de hombres excedía la capacidad del bosque: la caza empezaba a escasear y había de traer comida desde los pueblos vecinos. La banda siempre había acampado junta, pero ahora lo que había sido un pequeño grupo se había convertido en un ejército que se podía detectar a millas de distancia. Empezaba a haber problemas de disciplina, y Robin pensaba si “no conozco a la mitad de los hombres con los que me cruzo”.

A la vez que la banda crecía, su mayor fuente de ingresos se reducía. Los viajeros, especialmente los ricos, empezaron a rodear el bosque desde muy lejos. Este rodeo representaba un gran esfuerzo y un elevado coste, pero lo preferían a que los hombres de Robin les confiscaran todos sus bienes. Esto era tan grave que Robin estaba considerando la posibilidad de cambiar su política a una de cobro de peaje.

A esta idea se oponían vehementemente los lugartenientes, los cuales estaban muy orgullosos del lema de los Merrymen: “Robar al rico y dar al pobre”. Los pobres y las gentes de la ciudad, razonaban, eran su principal fuente de información y apoyo. Si se les presionaba con un peaje, les abandonarían a su suerte y estarían solos ante las fuerzas del Gobernador.

Robin se preguntaba hasta cuando podrían usar los métodos y procedimientos de sus primeros tiempos. El Gobernador era cada vez más fuerte, tenía el dinero, los hombres, y los recursos e instalaciones necesarios, y a la larga acabaría por desgastar a Robin y a sus hombres. Tarde o temprano descubriría sus debilidades y las explotaría metódicamente hasta destruirlos. Robin estaba convencido de que debía acabar la campaña; la cuestión era cómo hacerlo.

Robin sabía que las posibilidades de matar o capturar al Gobernador eran remotas. Además, matar al Gobernador podía satisfacer sus ansias personales de venganza, pero no resolvía el problema de fondo. También era poco probable que el Gobernador fuera sustituido, ya que tenía amigos muy influyentes en la Corte. Por otro lado, pensaba Robin, si la región estaba en permanente estado de confusión y caos y con los impuestos sin cobrar, el Gobernador podía caer en desgracia. Aunque pensándolo mejor, quizá el Gobernador usaría el descontrol como excusa para conseguir más refuerzos: la solución dependía del estado de humor del Príncipe Regente John.

El Príncipe era conocido como un hombre malvado, volátil e impredecible, obsesionado por su poca popularidad entre el pueblo que quería al encarcelado Rey Ricardo de vuelta al poder. Además, vivía en constante pánico del creciente poder de los barones, que cada día le eran más hostiles. De hecho, algunos de los barones habían empezado a recolectar la enorme suma de dinero que representaba el rescate de Ricardo Corazón de León de su encarcelamiento en Austria. A Robin le habían propuesto directamente que contribuyera en el esfuerzo a cambio de una futura amnistía. Era una proposición peligrosa: la bandolería provinciana era una cosa y la intriga cortesana otra muy distinta. El Príncipe John era conocido por ser un tipo vengativo: si la apuesta fallaba se cuidaría personalmente de aplastar a toda la gente involucrada.

El toque de cuerno de llamada a cena le apartó súbitamente de sus pensamientos. El aire olía a venado asado y no había logrado encontrar una solución. Robin empezó a andar resueltamente hacia el campamento prometiéndose a sí mismo que daría a estos problemas máxima prioridad después de la operación de mañana.

